

se plasma en el retorno de los viejos nombres de las ciudades, las calles, las plazas: así, por ejemplo, Leningrado es San Petesburgo, Kaliningrado es Tver, Sverdlovsk es Yekaterinburgo, Moldavia es Moldova, etcétera”.

La parte correspondiente al desafío de las nacionalidades se revela como una rigurosa ubicación de los pueblos de la URSS, lo que de alguna manera es una nueva imagen de fronteras que la geopolítica tarde o temprano va a enfrentar, como lo hace actualmente con los afanes independentistas de los chechenos, por sólo citar el conflicto nacional de Rusia más publicitado. Para darnos una idea aproximada del potencial conflictivo del problema, basta revisar el mapa que viene en la página 87, en el que se ubican 43 pueblos. Sería demasiado largo para los propósitos de esta reseña hablar de cada uno de ellos y de sus correspondientes reivindicaciones. Mencionaremos sólo a los pueblos bálticos, a los musulmanes, los caucásicos y los eslavos, categorías tratadas por la autora como principales entre las nacionalidades. Ninguno de los gobernantes de la URSS, y a juzgar por las medidas tomadas, ninguno de los de Rusia, fue capaz de dar solución al problema que creció “como hongo” con la *perestroika*.

Cabe señalar que otro personaje central de *Crónica de una desintegración*, y de la historia que cuenta, es Boris Yeltsin a quien Edit Antal identifica como la otra gran figura de la *perestroika*. Yeltsin se constituyó siempre como el “hermano enemigo” de Gorbachov, unas veces impulsor de las medidas tomadas por éste, otras radical oponente de ellas. Al final, Yeltsin fue quien mejor supo entender por dónde caminaban las aspiraciones de los rusos; también supo aprovechar la oportunidad que la historia le concedió para llegar a la presidencia. Ahora se enfrenta a los dilemas del futuro inmediato, aquél que ya está aquí.

Edit Antal ha escrito, parafraseando a Paul Kennedy, la historia de la caída de una gran potencia. Falta saber cuál es la nueva estructura económica, política y social que se instaurará en Rusia. Por lo pronto, sólo puede decirse que el sueño acabó, sin que aún tengamos a la mano una nueva utopía.

Pedro González Olvera

William Overholt, *China, the next economic superpower*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1993.

El impresionante desarrollo económico de la República Popular China durante los últimos años ha transformado radicalmente el panorama geopolítico de Asia y ha provocado nuevas interpretaciones respecto a los acomodos futuros de las relaciones de poder en la región. Mientras una buena parte de los analistas considera que Japón continuará siendo el país líder del bloque asiático, ha surgido

una nueva corriente que estima que la República Popular China se convertirá en el eje central de las relaciones políticas y económicas regionales.

William Overholt pertenece a esta última corriente. El autor es director ejecutivo del Overseas Bankers Trust para Asia, con sede en Hong Kong, y ha pasado la mayor parte de su carrera profesional en el continente. En su libro, sostiene la tesis de que China está destinada a ser la gran potencia económica del próximo siglo. Es un apasionado defensor de las políticas de desarrollo chinas y, particularmente, de Deng Xiao Ping, a quien atribuye — con razón — la concepción y el éxito de las líneas centrales de la política China.

Al respecto, Overholt señala que la base del éxito de Deng consiste en que creó un consenso previo a las reformas con las clases que iban a resultar más afectadas por éstas. Así, las inició con una reforma agraria que permitió a los campesinos niveles de vida sin precedentes en la historia china. Prosiguió con el desarrollo de la industria mediana y ligera, que es aquella que proporciona mayor empleo en las Zonas Económicas Especiales adyacentes a Hong Kong y Macao. Negoció con el Ejército de Liberación Popular su incorporación a ciertas actividades productivas y mercantiles, a cambio de una constante disminución de su presupuesto. Asimismo, el autor destaca la paulatina apertura y la liberalización de la economía china, basada en una privatización lenta, a fin de preservar las fuentes de empleo y conservar la estabilidad social.

Sin embargo, los capítulos más interesantes del libro se refieren a la relación entre Hong Kong y China, así como a las negociaciones entre China y la Gran Bretaña para el retorno de Hong Kong a la soberanía de la primera y el futuro del territorio.

Respecto del primer punto, cabe destacar algunas tesis del autor que explican el éxito de la relación entre Hong Kong y China:

El éxito económico de Hong Kong se debe al sentimiento generalizado en la población de que cualquier persona tiene la misma oportunidad de volverse rico si trabaja lo suficiente; se tiene la certeza de que el sistema permite igualdad de oportunidades. Los habitantes de Hong Kong no esperan iguales logros o la misma situación económica para todos, pero sí igualdad de oportunidades.

El éxito económico de China radica en que, a pesar del crecimiento acelerado de su sector exportador, el país ha basado su desarrollo en el aumento de la demanda interna, el incremento en la productividad y, sobre todo, en una elevada tasa de ahorro interno.

La otra clave del desarrollo chino ha sido la provincia de Guangdong, motor del sector exportador, en la cual se concentran los enormes flujos de capital externo que han llegado al país provenientes de las comunidades chinas en el exterior, primordialmente de Hong Kong.

Hong Kong ha proporcionado el capital, el diseño tecnológico, la administración, las

finanzas y la mercadotecnia, mientras Guangdong ha puesto la tierra y la mano de obra barata y educada: 80 % de la inversión extranjera en la citada provincia proviene de Hong Kong, mientras que las empresas de ese territorio ocupan a tres de los seis millones que componen la fuerza de trabajo de la provincia.

La influencia de Honk Kong se ha extendido a otras partes de China y ha servido de modelo para el desarrollo de otras áreas, como la provincia de Fujian.

En lo que respecta a las negociaciones entre China y la Gran Bretaña y el futuro de Hong Kong, Overholt dice que el gobierno de la República Popular China siempre ha tenido en mente un "Gran Hong Kong" ligado al desarrollo de China, mientras que el de la Gran Bretaña ha buscado siempre acotar el margen de acción del territorio y sus empresarios. Dicha afirmación es bastante discutible, pero no sorprende en el contexto del libro, puesto que Overholt es un defensor de la posición china, a la cual otorga toda la credibilidad y buenas intenciones, al mismo tiempo que señala que la Gran Bretaña ha padecido de miopía y egoísmo. El autor es particularmente crítico de la gestión del actual gobernador de Hong Kong, Christopher Patten; no obstante, varias de sus afirmaciones parecen estar sustentadas en una mera impresión subjetiva y no en la realidad.

Sin embargo, tiene razón al señalar que "una excepcional eficiencia económica es la sola base para la supervivencia de Hong Kong, porque es la única fuente de estabilidad interna y la única razón para que China preserve el sistema capitalista" (p. 198).

A pesar del gran ego del autor, que en ocasiones distorsiona el análisis, y de su tendencia prochina, que lo hace pasar por alto o apenas mencionar los enormes retos que enfrenta la República Popular China, mismos que pueden hacer fracasar su actual proyecto de desarrollo, el libro es una lectura recomendable para quienes se interesan en la región asiática, la más dinámica del mundo y, en particular, en el impresionante crecimiento de la República Popular China.

Martha Bárcena

Long walk to freedom. The autobiography of Nelson Mandela, Johannesburgo, MacDonald Purnell, 1994, 630 pp.

No es común, y ni siquiera aconsejable, que un embajador reseñe la autobiografía del jefe de Estado del país en donde está asignado. Sin embargo, Nelson Mandela no es un hombre común: su estatura moral y proyección política lo hacen hombre de todo el mundo. Las ventajas de haber sido testigo de episodios cruciales en el